

TÍTULO: El curioso caso de la bruja y las tijeras, por Jaime Mandarina.

Basado en hechos reales.

AUTOR: Daniel Blanco Parra.

La dirección era aquella, sí. No había duda. *La casa de los encantos* no estaba lejos del pueblo, sólo había que salir por el incómodo camino de la ermita y seguir el riachuelo durante unos diez minutos en dirección norte, hasta que esa construcción vieja, pero inexplicablemente consistente, se aparecía ante los ojos, entre eucaliptos y zarzales. Tenía algo primitivo, casi mágico. El hombre, que al principio tuvo el impulso de esconderse entre los setos, dio una vuelta entera sobre sí mismo, observó la casa, cerrada a cal y canto, y se dijo que debía intentarlo: era su última opción. Tuvo un relámpago de miedo y pensó que si le pasaba algo, nadie lo encontraría. Sobre su cabeza, piaban los pájaros; cientos, miles. Llamó a la puerta con tanta fuerza que se abrió sola. Vio al fondo la chimenea encendida y un bulto grisáceo sobre una silla, quieto, como una de esas criaturas amorfas y extrañas que recorren las páginas de los libros de fantasía. Asomó la cabeza y se afinó la garganta:

—Eh... Disculpe. —Siguió caminando, buscando algún signo de vida—. ¿Hay alguien?

El bulto se movió. De repente, unos ojos enanos brillaron levemente. Ella tenía una cabellera blanca y escasa, como un puñado de matojos sobre la cabeza.

—¿Es usted el de la migrañas? —preguntó. Una túnica le tapaba el cuerpo.

—Leopoldo, encantado.

—¿El de las migrañas? —insistió.

—Bueno, sí... Me dijo que viniera cuando me doliera la cabeza. Y hoy me he levantado con uno terrible: me nace justo aquí —se tocó la coronilla— y me coge casi todo el ojo derecho. Apenas he podido caminar hasta aquí.

—Entre.

—Gracias por recibirme. Me han hablado muy bien de usted. Por lo visto, lo cura casi todo...

—Todo.

—Pues mejor. ¿Sabe? Hay veces que las migrañas me duran hasta tres días seguidos. Es desesperante, ya no sé cómo quitármelas.

Ella, renqueante, se colocó frente a una mesa de madera, robusta:

—¿Ha traído todo lo que le pedí?

—Sí, creo que sí. A ver dónde lo he metido... —Se descolgó la mochila y la dejó en el suelo.

—Póngalo aquí, sobre la mesa.

—El recorte de un periódico serio con una noticia buena.

—«Encuentran la cura del cáncer». ¿Y el resto?

—El pijama con el que he pasado algunas de mis migrañas. Un mechón de pelo, justo de donde me nace el dolor, y algo negro. Un trozo de carbón sirve, ¿verdad?

—Sí, sirve.

—Ah, y aquí están las siete agujas con hilo negro. Y las tijeras que, como usted me pidió, han estado toda la noche a la luz de la luna.

—Está todo, siéntese.

—¿Qué va a hacer ahora, un conjuro? ¿Tendré que beberme algún caldo con... todo eso?

—Pamplinas. Estese calladito, y déjeme a mí. Usted sólo tendrá que decir unas palabras y quedará todo resuelto. Adiós a las migrañas para siempre.

—Ojalá.

—No me interrumpa, por favor.

La anciana, con sus dedos torcidos como raíces, cosió las siete agujas al recorte de periódico, esparció su mechón de pelo encima de la mesa y colocó a un lado el trozo de carbón. Él debía coger con una mano el pijama, y con la otra, las tijeras.

—Muy bien, ahora es su turno. —Ella sacó de una estantería un libro enorme, y antiquísimo a juzgar por sus páginas amarillentas—. Lea esto.

—¿Esto?

—Sí, esto —Con la uña negra le señalaba un párrafo.

—A ver: «Con el poder del sol, que todo lo ilumina, y la fuerza del agua que todo lo arrastra, pido a la Madre Tierra que, con estas *estijeras*...» —Leopoldo se calló.

—Siga. Tiene que decirlo todo de corrido. Si no, no hace efecto.

—Pero es que no se dice «estijeras», se dice tijeras.

Ella endureció la voz:

—Léalo.

—Está bien, allá voy. ¿Lo he hecho bien antes o lo leo más alto?

—Como quiera.

—«Con el poder del sol, que todo lo ilumina, y la fuerza del agua que todo lo arrastra, pido a la Madre Tierra que, con estas tijeras...»

La anciana pareció sacar la fuerza de no sé dónde y dio un puñetazo en la mesa:

—¿No me escucha? Lea lo que está ahí. No se invente nada.

—Pero pone «estijeras».

—¿Y qué?

—Que según la RAE...

—La RAE. ¿Quién es ésa?

—Da igual. No puedo decir «estijeras». Eso no se dice.

La anciana, desesperada, se sentó frente él. En sus ojos se reflejaban las llamas de la chimenea:

—Pero, ¿quiere que se le quite la migraña o no?

—Sí.

—Pues lea exactamente lo que está ahí, y así podrá irse a su casa sano como una rosa.

—«Con el poder del sol, que...» ¡No puedo decir «estijeras»! ¿No podríamos cambiarlo, sólo por probar? No creo que el conjuro deje de funcionar por hablar correctamente.

—No se trata de hablar bien. Este conjuro ha pasado por todas las mujeres de mi familia, y nadie le va a cambiar ni una palabra. Mi tatarabuela lo aprendió una noche oscura de un caminante cojo. ¿Sabe la de gente que se ha curado leyendo este conjuro? Se dice «estijeras», y punto.

—No puedo decirlo. Soy catedrático de Lengua y Literatura en la Universidad de Sevilla. Decir eso va contra mi profesión, contra todo lo que soy. He suspendido a alumnos míos por menos de eso.

—Oh, venga ya, déjese de monsergas.

—Lo siento, no puedo.

—Por todas las ratas de este mundo, ¿qué le pasa? —Alzó las manos al techo—. Dolores de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía. ¿Qué más da? Va a acabar usted con mi paciencia.

—¿Podríamos decirlo una vez bien, sólo por probar?

—No va a funcionar.

—Después de hacerlo, si no funciona, lo cambiamos, en serio. Se lo prometo.

—Usted verá. —La anciana se cruzó de brazos.

—¿Puedo ponerme de pie?

—Lo que vea.

—«Con el poder del sol, que todo lo ilumina, y la fuerza del agua que todo lo arrastra, pido a la Madre Tierra que, con estas tijeras corte el dolor de cabeza, como corta esta tela». —Y cortó de arriba abajo su pijama sudado.

—¿Qué?

El hombre se tocó la cabeza y se masajeó las sienes. Cerró un segundo los ojos:

—Sí, sí. Creo que se me ha curado.

—¿Se le ha curado?

—Sí, perfectamente. Ya no me duele. No tengo nada. ¡Nada, nada, nada! Es usted maravillosa. —A punto estuvo de abrazarla.

—Deme las «estijeras», que ahora hay que bendecirlas en el fuego. Y deme también el dinero.

—¿Cien euros, verdad?

—Ciento cincuenta por el cambio en el conjuro.

—Pero sólo.... Bueno, está bien, lo que quiera.

Leopoldo salió de la casa. Incluso se paró antes de alejarse demasiado para decirle a la anciana adiós con la mano. Y después de diez pasos, se tumbó en la tierra mojada y se acurrucó en posición fetal; tenía un tremendo dolor de cabeza. Ay, ay, ay. Y todo por no decir «estijeras».